

Literary bodies and political violence in South America narrative

Abstract

From the perspective of “hybrid history” it is analyzed the representation of the bodies of combatants and political violence by South American storytellers and poets winners of Nobel Prize in literature, specifically Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, Pablo Neruda and Gabriela Mistral. At emphasized in the analysis of content and hermeneutical contrast literary works that reveal the culture of conflict in the contemporary scene, it is shown that the narrative reaffirms processes of resistance to forms of domination and oppression locally, especially against multiple forms of dictatorship imposed its own version of the 'official history'.

Keywords: Fighter, war, violence, politics, Colombia, Latin America, Nobel

Resumen

Desde la perspectiva de la “historia híbrida” es analizada la representación de los cuerpos de combatientes y la violencia política por parte de los narradores y poetas suramericanos ganadores del premio nobel de literatura, específicamente Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, Pablo Neruda y Gabriela Mistral. Al enfatizarse en el análisis de contenido y el contraste hermenéutico de las obras literarias que revelan la cultura del conflicto en el panorama contemporáneo, es demostrado que la narrativa reafirma procesos de resistencia a las formas de dominación y opresión local, especialmente frente a las múltiples formas de dictadura que imponen su propia versión de la 'historia oficial'.

Palabras claves: Combatiente, guerra, violencia, política, Colombia, América Latina, Nobel

Artículo: Recibido en mayo de 2015. Aprobado en agosto de 2015

Autores: Juan Sebastián Gómez Rueda, integrante del Semillero de Investigación en Literatura del Estado Nación y el Conflicto Interno (**Silencio**). Estudiante de Administración de Empresas de la Unab, décimo semestre.

Luis Rubén Pérez Pinzón, Historiador. Docente del Pregrado virtual en Literatura y del Departamento de Estudios Sociohumanísticos, Unab. Dirección para correspondencia: Casa 17^a, Barrio El Jardín, Bucaramanga.

Correo Electrónico: lperez14@unab.edu.co

Cuerpos literarios y violencia política en la narrativa sudamericana

Juan Sebastián Gómez Rueda
Luis Rubén Pérez Pinzón

Literatos

El enfoque epistemológico asociado con las *historias híbridas* (Perkowska, 2008) para el análisis de la novela histórica latinoamericana, así como los retos a los que se deben enfrentar quienes se inscriben en la denominada *nueva novela histórica latinoamericana*, han promovido la resistencia a toda pretensión postmoderna del relato, así como a todo condicionamiento fundamentalista o globalizador del discurso literario (Perkowska, 2008, 98-99).

La necesaria asociación de los relatos novelescos con hechos, imaginarios o vivencias situadas en acontecimientos históricos por parte de los narradores latinoamericanos, especialmente los ganadores de premios nobel, ha obligado a los pensadores modernistas como postmodernistas a repensar la relación y el papel de la literatura en la historia, y viceversa (Molinare, 2013, 223). La literatura latinoamericana ha sido resultado del híbrido entre lo popular y lo masificado, entre la sociedad postindustrial y la cultura transnacional, constituyéndose en un fenómeno que evidencia “el ritmo propio de una cultura donde el pasado y el presente conviven y se iluminan mutuamente” (Perkowska, 2008, 98-99).

Los premios Nobel de literatura sudamericanos han buscado en el pasado inspiración para sus creaciones más afamadas en el presente, así como esa reconstrucción del pasado es lo que permite reafirmar o cuestionar la identidad que da sentido a las naciones, los

estados y las mancomunidades regionales imaginadas por las élites dominantes. Ser creador de ficciones históricas en América Latina implica asumir y defender hasta con la propia vida la responsabilidad política de lo narrado. Con lo cual, cada narración resulta ‘manchada’ de la violencia horizontal y vertical de la que procede su creador (Dorfman, 1997). Antes que autores premiados, los ganadores del premio nobel fueron ciudadanos perseguidos, expulsados, exiliados, amenazados, etc., por aquellos que consideraban que sus *ficciones* sobre el pasado alteraban la paz, el orden, la seguridad y el progreso asociados con la historia oficial (Pons, 1999, 139-169).

Prevención de la que tampoco escapaban quienes profesaban el comunismo soviético con el que se identificaban los futuros premios nobel de Sudamérica. Como se recordará, el sucesor del stalinismo y primer secretario del Partido Comunista de la Unión Soviética, Nikita Jrushchov, manifestó públicamente en 1956 que “Los historiadores son peligrosos y capaces de poner todo cabeza abajo. Deben ser vigilados”. De allí la necesidad de un control estatal del relato nacional. Sin embargo, la novela como los novelistas que en el último siglo han huido a otros países para narrar sin ataduras ni condiciones su versión del *pasado* siguen demostrando que en América Latina: “las historias narradas en las novelas resisten las formas de dominación y opresión local oponiéndose a la historia oficial” (Perkowska, 2008, 98-99). Ese ha sido el caso de los autores premiados con el prestigioso premio Nobel.

Cuerpos

Los conflictos y los seres conflictivos de la cultura contemporánea en Occidente han sido tema central de la literatura latinoamericana. En especial, de los literatos del *boom* reconocidos con el premio Nobel por sus logros literarios como por sus causas políticas (Molinares, 2013, 225).

Gabriel García Márquez decidió en 1982 que su discurso de aceptación del premio Nobel no debía centrarse en una reflexión teórica ni una profundización conceptual sobre el 'realismo mágico' o los aportes del 'boom latinoamericano' a la literatura universal. Por el contrario, prefirió concebir una mirada política, reivindicativa a las revoluciones y los revolucionarios del *nuevo mundo*, especialmente de los caudillos y dictadores del siglo XIX. De todos aquellos que solo encontraron a través de las vías de hecho y la violencia genocida las anheladas justicia y felicidad negadas por el derecho impuesto por el *viejo mundo* (Zubiría, 2004, 30).

En palabras del novel colombiano "La independencia del dominio español no nos puso a salvo de la demencia". La imposibilidad de alcanzar un orden ideal y un sistema político perfecto desembocó en guerras civiles inacabadas, odios entre generales libertadores heredados por sus descendientes y dependientes. Desde que los héroes patriotas decidieron alterar el curso de la historia, sacrificando por doquier cientos de miles de cuerpos, "no hemos tenido un instante de sosiego" (García Márquez, 1982).

Crónicas incontables, noticias fantasmales develadas por los narradores históricos de América Latina, nos recuerdan que a pesar de la diversidad étnica, territorial y económica de las Américas todos hacemos parte una "patria inmensa de hombres alucinados y mujeres históricas, cuya terquedad sin fin se confunde con la leyenda" (García Márquez, 1982).

Recordando que once años antes le había precedido el poeta Pablo Neruda en la recepción del

máximo reconocimiento de la humanidad a la creación literaria, para García Márquez era necesario recordar al mundo como escritor comprometido con la realidad de su tiempo lo que había sido la historia contemporánea de Chile. No bastaba con las recreaciones sobre el pasado colonial, republicano y socialista de P. Neruda (1950) en su *Canto general*. Convencido del papel histórico de las luchas revolucionarias contra las injusticias y los tiranos reveló su imaginario político e ideológico al manifestar ante la corte sueca:

Un presidente prometeico [Salvador Allende] atrincherado en su palacio en llamas murió peleando solo contra todo un ejército, y dos desastres aéreos sospechosos y nunca esclarecidos segaron la vida de otro de corazón generoso, y la de un militar demócrata que había restaurado la dignidad de su pueblo. En este lapso ha habido 5 guerras y 17 golpes de estado, y surgió un dictador luciferino [Augusto Pinochet] que en el nombre de Dios lleva a cabo el primer etnocidio de América Latina en nuestro tiempo. De Chile, país de tradiciones hospitalarias, ha huido un millón de personas: el 10 por ciento de su población. (García Márquez, 1982)

Los cuerpos literarios de generales, dictadores, héroes anónimos, etc. recreados por los narradores políticos de la historia latinoamericana resultaban ser insignificantes ante la pobreza generalizada, el desplazamiento forzado, el destierro o la desaparición de familias y el genocidio belicista que se vivía por cuenta de las dictaduras militares, de izquierda como de derecha, en el centro y sur de América (León, 2010, 102).

La locura mágica, sanguinaria o inverosímil antes los ojos del mundo 'civilizado' era a ciencia cierta "la realidad descomunal, y no sólo su expresión literaria" de lo que

representaba la violencia política heredada y mutada para los latinoamericanos. Una realidad compleja, caribeña, tropical, ante la cual García Márquez asume desde las letras una posición beligerante. Decide transformar la manera de narrar la realidad en la que creció y convive haciendo de sus textos actos de reivindicación política, y al mismo tiempo recreaciones históricas del pasado para las generaciones que buscaban sentido en su presente (Molinares, 2013, 240).

Influido por los 'revolucionarios' de su época, la narrativa más conocida y premiada de García Márquez evidencia que su proyecto de vida fue hacerse un escritor revolucionario. Dispuesto a sacrificarse en honor a sus convicciones políticas, dispuesto a emanciparse de toda atadura a un estilo, tema o subgénero narrativo. De tal modo, desde la perspectiva de G. McMurray (1987), "Para él, el deber del escritor revolucionario es escribir bien, y el ideal es una novela que mueve al lector por su contenido político y social, y al mismo tiempo por su poder para penetrar en la realidad y exponer su otra cara"

La realidad compleja de sus ancestros, de su tiempo, que al ser contada de forma literaria parecería ser ficción por la exageración de la barbarie y el desprecio a la condición humana. Pero no lo era, era la realidad que se vivía, que sigue coexistiendo "con nosotros y determina cada instante de nuestras incontables muertes cotidianas, y que sustenta un manantial de creación insaciable, pleno de desdicha y de belleza" (García Márquez, 1982). Es el drama, la tragedia y la barbarie 'revolucionaria' vivida por su abuelo, el General Nicolás Márquez al servicio del Generalísimo Rafael Uribe durante la Guerra de los Mil Días, lo que anima a García Márquez a crear personajes como el Coronel Gerineldo Márquez al servicio del legendario Coronel Aureliano Buendía.

Personajes ficticios cuyos atributos recreaban a toda una generación quienes confiaron que el honor de las armas, la

legitimidad de las elecciones y la sacralidad de la palabra empeñada darían fin a "la violencia y el dolor desmesurados de nuestra historia". Lo que empezó siendo la visión publicitaria de jóvenes revolucionarios para acabar con las injusticias seculares y las amarguras impuestas por los *grandes dueños del mundo*, perpetuó todas las formas de violencia concebidas por los victimarios para prolongar el dolor de sus víctimas (García Márquez, 1982).

Ante el destino de los latinoamericanos de ser exterminados por héroes "civilizadores" u optar por exterminarse así mismo, para creadores literarios como García Márquez les era necesario reafirmar a todas las naciones que su generación estaba dispuesta a apostar por la vida y la soberanía. Estaban dispuestos a hacer que los muertos de sus narraciones se constituyeran en objetos inspiradores de una vida feliz, pacífica y democrática. El credo del "colombiano errante y nostálgico" no podía ser otro que el siguiente:

frente a la opresión, el saqueo y el abandono, nuestra respuesta es la vida. Ni los diluvios ni las pestes, ni las hambrunas ni los cataclismos, ni siquiera las guerras eternas a través de los siglos y los siglos han conseguido reducir la ventaja tenaz de la vida sobre la muerte (García Márquez, 1982).

Demostración del doble propósito que tenían los personajes conflictivos de García Márquez es la crítica política y el cuestionamiento humanitario a las aventuras revolucionarias, las ideas de guerra hasta las últimas consecuencias y la decadente condición humana representada por el coronel Aureliano Buendía en *Cien años de Soledad*. Obra cumbre publicada por primera vez en Buenos Aires, en 1967. A la par de la ética familiar promovida por Úrsula, a través de la representación literaria de Aureliano se reconstruye una de las historias individuales más conocidas en América Latina, la de:

un coronel ubicuo e incansable que aún no ha acabado de perder una guerra y está iniciando la siguiente. Al mismo tiempo ese individuo es la personalidad fulgurante del libro, con sus extraordinarios contrastes -de apacible y apático ser que se transforma en figura épica, para luego, en la vejez, recobrar el retraimiento y la benignidad iniciales-, y la razón central de la gloria y el ascendiente de la familia sobre el pueblo [crónica histórica y social] (Vargas Llosa, 2007, XLIII-XLIV).

La principal y más elogiada creación literaria de García Márquez fue considerada por Mario Vargas Llosa como uno de los mejores ejemplos de la *novela total* que recrea y concentra la realidad *total*, sin renunciar a los aspectos mágico-milagroso, mítico-legendario y fantástico-metafórico. También se constituye en fiel demostración de los alcances de la “historia híbrida” (Pérez Pinzón, 2015^b) para la crítica literaria y la comprensión postmoderna de la cultura occidental porque “narra un mundo en sus dos dimensiones: la vertical (el tiempo de su historia) y la horizontal (los planos de la realidad)” (Vargas Llosa, 2007, XXVIII).

Aureliano Buendía se hizo liberal, optó por la vía de la guerra para solucionar las injusticias impuestas a los vencidos y las minorías en el poder, desde el momento en que su suegro conservador decidió cambiar las papeletas rojas por votos azules en el momento de hacer un escrutinio electoral frente a la urna de Macondo. Optó por hacerse un revolucionario histórico, por ser liberal federalista, simplemente “porque los conservadores son unos tramposos” (García Márquez, 2001, 42).

Para los Buendía y su círculo de amigos lo único eficaz para cambiar los males políticos era *la violencia*, les entusiasmaba “la idea de liquidar el orden conservador”, “era un deber patriótico asesinar a los conservadores” (García

Márquez, 2001, 42). Para los caudillos más radicales se requerían acciones individuales de terrorismo, propias de *matarifes*, al asesinar a los representantes del régimen, especialmente a sus niños. Por defecto se fusilarían los párrocos, se convertirían los templos en escuelas o batallones, así como se implantaría el libre amor y concubinato.

Sin embargo, al estallar la guerra, al hacerse Aureliano con el poder decidió actuar acorde a las prácticas y concepciones que se querían superar del enemigo. Ordenó fusilar a los militares que había fusilado a sus copartidarios, decidió garantizar *bajo palabra de honor* la seguridad personal y familiar del jefe político del bando contrario, su suegro. Por su gesta revolucionaria solo se adjudicó el grado militar como Coronel, aunque pudo haber optado por el de General. Sus compañeros de armas lo proclamaron General en el asalto a Riohacha pero declinó a ese ascenso “mientras no derribaran el régimen conservador” (García Márquez, 2001, 55).

No se negó a aceptar la visita y entrega en sus catres de campaña o celda de las mujeres solteras o las adolescentes virginales que eran llevadas por sus fervorosas madres para agradecer su heroísmo por el partido, para “mejorar la raza” de la familia (García Márquez, 2001, 53). Práctica sistemática cuya consecuencia fueron diecisiete hijos naturales, asesinados posteriormente por sus detractores para evitar la “venganza del padre” (Pérez Pinzón, 2015a).

Su historia individual de revolucionario temido e influyente se contrariaba con los fracasos de su existencia como militar, optando el autor por ubicarlo antes y después de esa fatídica condición como un destacado orfebre. Los temas de los relatos que se desarrollan a lo largo de la novela son resumidos por García Márquez al cuestionar y ridiculizar su condición de temido comandante revolucionario, y por ende la de todos aquellos que se batieron hasta la guerra de los mil días, al expresar:

promovió treinta y dos levantamientos armados y los perdió todos Escapó a catorce atentados, a setenta y tres emboscadas y a un pelotón de fusilamiento Rechazó la Orden del Mérito que le otorgó el presidente la república Declinó la pensión vitalicia que le ofrecieron después de la guerra y vivió hasta la vejez de los pescaditos de oro que fabricaba en su taller la única herida que recibió se la produjo él mismo después de firmar la capitulación de Neerlandia que puso término a casi veinte años de guerras civiles. Se disparó un tiro de pistola en el pecho y el proyectil le salió por la espalda sin lastimar ningún centro vital. Lo único que quedó de todo eso fue una calle con su nombre...” (García Márquez, 2001, 45).

Un combatiente arrogante que desconfiaba de la gente que lo aclamaba, que reducía sus sentimientos y soledad a versos ocultos que viajaban en sus alforjas y quien con cada derrota y encierro trataba a su madre de forma esquiva y frívola al pedirle: “No suplique a nadie ni se rebaje ante nadie. Hágase el cargo que me fusilaron hace mucho tiempo” (García Márquez, 2001, 53). A semejanza de los guerreros decimonónicos, era un héroe de la vanguardia revolucionaria y de asaltos increíbles a quien le decepcionaba morir como prisionero de guerra al murmurar: “Tanto joderse uno... Tanto joderse uno para que lo maten a uno seis maricas si poder hacer nada” (García Márquez, 2001, 55).

Condiciones contradictorias que llevan al autor a reafirmar su visión pesimista acerca de los guerreros y el arte de la guerra entre los colombianos. Seres absortos en sus *victorias inverosímiles*, que temblaban de fiebre y frío por las vidas arrebatadas, sus *corazones* se podrían vivos y muchos de ellos “no sabían ni siquiera por qué peleaban”

(García Márquez, 2001, 57). La mayoría seguía a sus comandantes siguiendo su *fanatismo demente*, solucionando los problemas entre la oficialidad con fusilamientos, emboscadas y despedazando a machetazos a cualquier insubordinado, conspirador o contradictor. Demostraban así que el mejor amigo era solo aquel que se acababa de morir.

A través de la personificación del general conservador José Raquel Moncada, uno de los más fervientes admiradores del Coronel, García Márquez apela a su posición “antimilitarista”, su aversión al “sabor a mierda de la guerra” (García Márquez, 2001, 58) y el rechazo a la pretensión de inmunidad e inmortalidad de los guerreros míticos y temerarios como ‘próceres’ de la nación, al expresar que las “gentes de armas” eran en esencia: “holgazanes sin principios, intrigantes y ambiciosos, expertos en enfrentar a los civiles para medrar en el desorden” (García Márquez, 2001, 61).

Descripción sumada a la cavilación de Amaranta sobre el hombre con más autoridad y temor público que había conocido, al expresar sobre la conservadurización de los revolucionarios: “Qué raros son los hombres (...) se pasan la vida peleando contra los curas y regalan libros de oraciones” (García Márquez, 2001, 68). Esa visión acerca de la guerra y los guerreros fue reafirmada por uno de sus principales críticos y promotores literarios, Juan Gustavo Cobo Borda (1997), al expresar que en la narrativa histórica y política de G. García Márquez “la violencia se convierte en cuento, a través de la aparente inutilidad de tantos episodios de sangre y muerte”.

Violencias

Las narraciones históricas y las ficciones políticas de los narradores y poetas

latinoamericanos premiados con el Nobel de literatura también han insistido en que la mayoría de los acontecimientos y sucesos violentos que se han vivido en las Américas han sido por causas políticas (Archila, 1995).

Durante décadas en el continente se ha instaurado el imperio del terror, miles de asesinatos, torturas, secuestros, desplazamientos forzados, entre otros actos que quedan en el olvido para quienes han ejecutado tales barbaries pero no para los pueblos que han tenido que padecerlos. El olvido ha sido el mecanismo de defensa utilizado por la clase dominante para negar una historia de explotación y atropellos. Cuando la ventaja económica, la ganancia, deje de ser la principal motivación de la producción material, cuando el fin de la actividad económica sea la satisfacción de las necesidades del hombre, y no el mero lucro, allí se crearán las condiciones básicas para la extinción definitiva de la violencia política (Morelli, 2007).

¿Es la guerra y la violencia un mejor negocio que la paz?, ¿no es ya suficiente la sangre derramada?, ¿seguirá existiendo la impunidad? Son tantos los sucesos de violencia y atropellos en Latinoamérica que es importante no perder de vista las razones que han justificado la misma, como son:

La violencia política descrita por narradores latinoamericanos da lugar a categorizaciones que pueden servir de parámetro para su análisis: se utiliza como instrumento de muerte, y la muerte como un medio de solución a un conflicto; la militancia de los personajes –protagonistas– en uno u otro lado depende de las garantías económicas o del azar. (Molinares, 2013, 263).

Ejemplo de ello es el período comprendido entre 1948 y 1957, una de las épocas que más han marcado la historia de Colombia. Fue denominado por los historiadores como la

Violencia. En ese lapso de tiempo hubo un cruel enfrentamiento entre los partidos políticos conservador y liberal y otras fuerzas políticas de orientación comunista tras el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán (Archila, 1995).

Ese período se caracterizó por su crueldad e impunidad ya que hubo cerca de 180 mil muertos entre los cuales mucha gente inocente que lastimosamente fue asesinada. Fueron tan fuertes impactos políticos, sociales y económicos que trajo este período que los literatos de la época opinaron sobre lo acontecido. Pablo Neruda (1950) señaló “nadie pudo recordarlas después, el viento las olvidó, el idioma del agua fue enterrado, las claves se perdieron o se inundaron de silencio o sangre”. Verso que demuestra la impunidad que se ha vivido en Colombia y el resto del continente americano si se tiene en cuenta la discriminación racial de los Estados Unidos.

Colombia ha sido un país marcado por la guerra, el conflicto y la violencia. Colombia es el único país en el mundo en el que en un solo año (1989-1990) fueron asesinados tres candidatos a la presidencia de la República: el líder político Luis Carlos Galán, Bernardo Jaramillo y Carlos Pizarro. Ese es un récord que como sociedad y ciudadanos con identidad no nos da ningún tipo de orgullo, por el contrario nos hace pensar y querer que algún día la guerra acabe y se deje de derramar sangre inocente (Wills, 2015).

Genocidios, violaciones de los derechos humanos, brutalidad policial y paramilitar, insurgencia, terrorismo político, tortura, migraciones forzadas, desplazamiento y muchos más acontecimientos que han marcado el país y han acabado con la vida de miles de familias. Como señala P. Neruda (1950) en Homenaje a Balboa: “No en balde por la historia entraba el crimen pisoteando, el halcón devoraba su nido, y se reunían las serpientes atacándose con lenguas de oro”. Haciendo así alusión a todos esos tipos de violencia que ha generado el gobierno y la burguesía sobre cada pueblo de América Latina.

También es posible extender dicha calificación a los actos perpetrados o dispuestos por otro tipo de actores, paralegales o insurgentes, que en todo caso utilizan la violencia con el fin de producir efectos de tipo político. El reacomodamiento de poderes y la renovada interacción entre diversos actores políticos ha tenido efectos sobre el nivel y las características de la violencia política en Colombia. La intención de ponerle fin a la guerra y violencia política se ha venido dando en el país, los diálogos de paz, la búsqueda del gobierno para que los guerrilleros se desmovilicen y se reincorporen a la sociedad con oportunidades de empleo y mejor calidad de vida (Gutiérrez, 2012).

La violencia política ha sido mayor en ciertas zonas del país: las zonas rurales donde grupos ilegales luchan por tener el control de las tierras para realizar actividades de narcotráfico y minería ilegal entre otras. Según el informe de la Misión de Observación Electoral (Moe) (2015) en los departamentos con mayor presencia de actores armados ilegales se presentan con mayor frecuencia los actos de violencia política como secuestros, amenazas y otros atentados.

Neruda (1950) en uno de sus poemas señala: “y aún en la muerte no entendían, fueron amarrados y heridos, fueron quemados y abrasados, fueron mordidos y enterrados”. Hacía referencia a la llegada de los conquistadores hace siglos, pero estas situaciones aun en la contemporaneidad se dan por parte tanto del estado como de grupos al margen de la ley para generar pánico en la sociedad y lograr cometidos políticos (Wills, 2015).

Los motivos políticos comenzaron a desaparecer gradualmente entre los autores de la violencia oficial, puesto que muchos descubrieron que la violencia dirigida contra personas indefensas cosechaba dividendos económicos considerables. La policía, los detectives y los “pájaros”, al servicio de los comités políticos partidistas o de los caciques sectarios, encontraron lucrativo robar las

haciendas, las fincas de las indefensas víctimas amenazadas de muerte, llevarse la cosecha de café o comprar propiedades rurales y urbanas a precios bajos. Así se crearon los beneficiarios de la violencia y fue frecuente que los jefes políticos regionales la propiciaran, dadas las ventajas económicas que de ella derivaban (Oquist, 1978, 28).

Atentados, secuestros y asesinatos perpetrados por el narcotráfico para generar terror y pánico han manchado la historia de Colombia y desatado muchos casos de violencia política. Este también ha sido un importante combustible que ha jalonado la violencia en el país desde sus años de auge y ha degradado la guerra hasta nuestros días. No es sino recordar el aciago período de la lucha de los carteles de la droga contra el Estado en el tema de la extradición (años ochenta) etapa en la cual se dieron los más bárbaros secuestros y asesinatos de ciudadanos inocentes (avión de Avianca, edificio del DAS, magnicidio de figuras políticas). Es decir, apareció en escena el llamado narcoterrorismo (Camacho, 1992).

En los últimos años el gobierno ha buscado “desescalar” el conflicto armado interno apalancando un proceso de justicia transicional que busca concretar definitivamente tras la culminación de las negociaciones de paz con la guerrilla. Todas esas gestiones del gobierno en materias de seguridad generan y propulsan el aumento de acciones de violencia política por parte de organizaciones criminales (Gutiérrez, 2012). Otra situación que genera violencia política es el ingreso masivo de capitales extranjeros, y específicamente, de empresas multinacionales para explotar recursos naturales ubicados en zonas de conflicto lo que ha hecho que estas acaben convertidas en actores políticos (Wills, 2015).

La violencia es inherente a una estructura social injusta, a un orden social basado en la explotación del trabajo por el capital, en la exclusión y marginación económica, social y

cultural de vastos sectores de la sociedad. Problemas sumados a un deficiente sistema educativo como el denunciado desde México, en 1923, por la maestra y poetisa Gabriela Mistral al expresar:

“Tres son las cosas que en mi humilde opinión concretan la inferioridad de la educación que damos en nuestros liceos de niñas: la falta de preparación manual, la falta de ramos exclusivamente destinados a la mujer (puericultura sobre todo), y la dotación insuficiente de material de enseñanza para los ramos científicos” (Valenzuela, 2002, 13).

Razones suficientes para empezar una revolución armada como la recreada por M. Vargas Llosa (1984) desde Jauja como parte de su desencanto con el stalinismo, el maoísmo, el troskismo y los *barbudos* de Cuba. La violencia política no solo se reduce a su expresión militar, aunque sea su manifestación más ostensible. Es una relación de poder, una estructura históricamente objetiva, la cual debe ser enfrentada tanto en el terreno material como en el político e ideológico, pues es un fenómeno multidimensional (Oquist, 1978).

Así, no solo Colombia ha vivido sucesos y actos de violencia política, varios países de Latinoamérica también han vivido crímenes de esta índole. El caso de Argentina que durante el siglo XX vivió golpes de estado ejecutados por las fuerzas armadas las cuales buscaban conservar el orden social para mantener sus privilegios. Todas las medidas económicas y sociales que se vivieron en Argentina fueron logradas mediante la violencia, la represión y la violación de los derechos humanos. Las organizaciones sociales y sindicales fueron intervenidas militarmente (Bocchino, 2007).

En ese período de dictaduras militares la represión y violación de los derechos llegó a su máximo nivel. Problemas como el desempleo, la desnutrición, la pobreza, el pésimo sistema de salud llegaron a su tope. Durante estas dictaduras la detención, la desaparición y el asesinato de aquel que se opusiera a la política

del gobierno era el modo de operar. Este tipo de gobierno violaba todo tipo de principio, despreciaba la voluntad de las mayorías y reemplazaba y modificaba las constituciones. El método de generar miedo y temor en la sociedad era la tortura y el terrorismo haciendo sentir a toda la comunidad vulnerable y como posibles víctimas (Bocchino, 2007). Neruda señalaba (1950): “hoy saldrás del carbón y del rocío, hoy llegarás a sacudir las puertas con manos maltratadas, con pedazos de alma sobreviviente, con racimos de miradas que no extinguió la muerte” (PG), dándonos ese empujón para luchar por la paz de cada pueblo y acabar con la violencia e impunidad en el continente.

Otro ejemplo de violencia política es lo que ha ocurrido y continúa ocurriendo en Venezuela, la cual es ejercida desde el Estado y por el gobierno para perpetuarse en el poder. Los venezolanos han vivido todo tipo de violencia: la violación a sus derechos, desaparición de libertades, violencia física, amenazas verbales. El gobierno ejerce la violencia política como estrategia electoral. Rousseau (1923) señalaba “Hubiese querido que nadie en el Estado pudiese pretender hallarse por encima de la ley”. Cuestión que es totalmente visible en el gobierno venezolano ya que en su afán de mantener el poder ha violado totalmente la constitución y las normas. La represión, los asesinatos y la tortura desproporcionada que se vive día a día hacen de Venezuela un país dominado por el temor y el miedo que el Estado genera en la sociedad. El ciudadano se da cuenta de la injusticia que existe en el país y de la humillación que el gobierno practica en forma cotidiana pero le es imposible expresarse y protestar ya que su vida puede correr peligro (Atehortúa y Rojas, 2005).

Los ciudadanos del panorama cultural contemporáneo protestan cuando es evidente la violación de los derechos humanos. De este modo se dejan al descubierto los malos manejos por parte del gobierno y se busca que organismos internacionales puedan tomar cartas en el asunto. Bien señalaba Neruda (1950) en el Canto

general, epopeya de las revoluciones y los revolucionarios de América, al expresar: “Junta tu voz a otra voz, junta tu mano a otra mano”. Muchas veces una protesta no tendrá éxito cuando no tiene condiciones de desplegar una fuerza mayor que la del adversario.

El nobel Mario Vargas Llosa en la novela *Historia de Mayta* (1984) hizo un relato sobre uno de los mayores revolucionarios de mitad de siglo en el Perú: Alejandro Mayta. Narración del intento de triunfo de una revolución socialista, en un escenario desalentador lleno de violencia y de invasión extranjera. En un Perú gobernado por una Junta Militar que lucha en medio de diferentes grupos armados, pretendiendo el autor indagar en la figura de la violencia como ingrediente esencial de la historia del Perú.

Vargas Llosa demuestra que la violencia ha sido ingrediente principal de la historia no solo del Perú, sino de Latinoamérica en general. Historia caracterizada por innumerables intentos revolucionarios y de sublevación de las clases menos privilegiadas, en contra de gobiernos autoritarios que han impuesto sus ideologías desdibujándose los conceptos de nación, de unión, de país. La violencia es parte de la historia del hombre y siempre va a existir porque para muchos es la mejor forma de tener el poder y mantener a su modo las cosas. Es importante de igual forma saber que existe un derecho de rebelión, de revolución o de resistencia a la opresión. Cuando una forma de gobierno se haga destructora de los principios, el pueblo tiene el derecho de reformarla o abolirla e instituir un nuevo gobierno (Benavides, 2005).

La indiferencia es opuesta a la responsabilidad social. La persona en posición indiferente frente a otra es porque no se perturba ante su responsabilidad por la humanidad de ese otro. Es lo que Hobbes, Hegel, y Freud, entre otros, denominaron como las condiciones para que pueda existir una sociedad. Ellas no se dan por naturaleza, sino por medio de una construcción colectiva, mediante un pacto llamado afirmación social, que permite reconocer la humanidad de la otra persona (Kant, 2003). Es por eso que se deberíamos

preguntarnos, ¿Será que en Latinoamérica nos alejamos de esa construcción colectiva? Es de vital importancia que no cerremos los ojos y nos quedemos con los brazos cruzados viendo los atropellos y atrocidades que ocurren en algunos rincones del continente.

Como personaje contemporáneo de los literatos sudamericanos más reconocidos, Einstein (1933) expresó:

“El derecho y el poder van inevitablemente de la mano, y las decisiones jurídicas se aproximan más a una justicia ideal que demanda la comunidad (en cuyo nombre e interés se pronuncian dichos veredictos) que a una justicia real, y ello siempre en la medida que esta tenga un poder efectivo para exigir respeto a su ideal jurídico”.

Algunos dictadores protegidos por regímenes democráticos, algunos Estados respetados por ser Repúblicas, han usado ese poder de manera errónea, pisoteando los derechos del pueblo, velando siempre por intereses propios y no los de los miembros de la Nación bajo su protección.

Conclusión

La literatura latinoamericana ha sido resultado del híbrido entre la historia y la ficción, lo popular y lo masificado, entre la sociedad postindustrial y la cultura transnacional. A través de los relatos narrativos sobre lo acontecido a esas sociedades y sus culturas se han promovido diferentes procesos de resistencia a las formas de dominación y opresión local, especialmente frente a las múltiples formas de dictadura que pretenden imponer su propia versión de la 'historia oficial'. Constituyéndose los ganadores de premios Nobel en genios y figuras responsables de denunciar, exigir y propender por los cambios sociales y políticos anhelados. Sin embargo, los cuerpos literarios de generales, dictadores, héroes anónimos, etc., recreados por los narradores políticos de la historia latinoamericana resultan ser insignificantes ante la pobreza generalizada, el desplazamiento

forzado, el destierro o la desaparición de familias y el genocidio belicista que se vivieron por cuenta de las dictaduras militares, de izquierda como de derecha, en el centro y sur de América desde finales del siglo XIX.

Esas múltiples formas de violencia explicadas desde las dimensiones literarias vertical (el tiempo de su historia) y horizontal (los planos de la realidad) de Mario Vargas Llosa o las perspectivas horizontal, vertical, social e individual de Ariel Dorfman, no pueden ocultar ni limitar el hecho de que las múltiples formas de violencia vivenciadas en Latinoamérica son inherentes a una estructura social injusta, a un orden social basado en la explotación del trabajo por el capital, una educación inútil y desproporcionada, como a la exclusión y marginación económica, social y cultural de vastos sectores de la sociedad. J. Rousseau (1923) señalaba: "hubiera querido nacer en un país en el cual el soberano y el pueblo no tuviesen más que un solo y único interés, a fin de que los movimientos de la máquina se encaminaran siempre al bien común". Es exactamente lo que debe pasar en América Latina al pensarse en el bien común y no en el bien propio. La narrativa sudamericana ha insistido en que deben existir oportunidades para todas las clases sociales, las personas que gobiernan no deben buscar intereses propios, debe cesar la injusticia e impunidad. El pueblo debe asumir con hechos ya finalizados tantos años de violencia.

Al igual que los procesos de paz, armisticio, pensiones vitalicias y jubileo [perdón y olvido] de inicios del siglo XX para dar fin a la *Guerra de los Mil Días* iniciada por los revolucionarios liberales, recreados magistralmente por Gabriel García Márquez en *Cien Años de Soledad* desde los dilemas posbélicos del coronel Aureliano Buendía, las negociaciones de paz, justicia y reparación de inicios del siglo XXI en Colombia con los ejércitos revolucionarios comunistas deben dar paso a procesos de transformación de realidades sociales ligadas a la violencia política,

estudiada y caracterizada por la Comisión Nacional de la Memoria Histórica. Solo los nuevos temas, problemas y visiones recreados por la literatura nacional y latinoamericana permitirán entender los cambios ocurridos en los niveles de violencia política y demostrarán a la sociedad la importancia de nuevos procesos de reconciliación y postconflicto (Pérez, 2014) entre las nuevas generaciones de ciudadanos.

Referencias

- Archila, M. (1995). "Protestas sociales en Colombia 1946-1958". En: *Historia Crítica*. (11): 63-78
- Atehortúa, A. y Rojas, D. (2005). "Venezuela antes de Chávez: Auge y derrumbe del sistema de 'Punto Fijo'". En: *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*. (32): 255-274
- Benavides, J. (2005). "Violencia política y narrativa en el Perú de los años ochenta". En: *Quórum. Revista de pensamiento iberoamericano*. (11): 153-162
- Bocchino, A. (2007). *Exilio y literatura durante la última dictadura argentina*. Disponible en: http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/exilio-y-literatura-durante-la-ultima-dictadura-argentina/html/baad223a-a0fd-11e1-b1fb-00163ebf5e63_2.html
- Camacho, A. (1992). "Narcotráfico y sociedad en Colombia". En: *Boletín socioeconómico*. (24-25).
- Cobo Borda, J. (1997). *Para llegar a García Márquez*. Santafé de Bogotá: Planeta.
- Dorfman, A. (1997). "La violencia en la novela hispanoamericana actual". En: *Lectura crítica de la literatura americana: actualidades fundacionales*. IV. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Einstein, A. (1933). *¿Por qué la guerra?* Disponible en: <http://www.carpetahistoria.fahce.unlp.edu.ar/carpeta-2/fuentes/la-segunda-guerra-mundial-y-el-holocausto/bfpor-que-la-guerra-correspondencia-entre-albert-einstein-y-sigmund-freud/>

García Márquez, G. (1982, diciembre 8). *La soledad de América Latina*. Disponible en: http://www.nobelprize.org/nobel_prizes/literature/laureates/1982/marquez-lecture-sp.html

García Márquez, G. (2001). *Cien años de soledad*. Bogotá: Ediciones la Cueva. Disponible en: <http://www.educando.edu.do/files/7714/0932/4933/garcia-marquez-gabriel-cien-anos-de-soledad.pdf>

Gutiérrez, A. (2012). "Negociaciones de paz en Colombia, 1982-2009. Un estado del arte". En: *Estudios Políticos*. (40): 175-200

Kant, I. (2003). *La paz perpetua*. Disponible en: <http://www.biblioteca.org.ar/libros/89929.pdf>

León, R. (2010). "El príncipe latinoamericano: la violencia de Estado en la novela de la dictadura a la luz de Maquiavelo". En: *Nóesis. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*. 19(38): 89-107

McMurray, G. (1987). *Critical essays on Gabriel García Márquez*. Boston: G. K. Hall & Co.

Misión de Observación electoral (2015). *Informes Moe*. Disponible en: http://moe.org.co/home/doc/mmedios/2014/multimedia_Informes/

Molinares, V. (2013). "Violencia política en Latinoamérica: una descripción a partir de narraciones literarias". En: *Revista de Derecho*. (39): 222-266

Morelli, F. (2007). "Entre el antiguo y el nuevo régimen. La historia política hispanoamericana del siglo XIX". En: *Historia Crítica*. (33)

Neruda, P. (1950). *Canto general*. Disponible en: <http://www.neruda.uchile.cl/obra-obracantogenerall.html>

Oquist, P. (1978). *Violencia, conflicto y política en Colombia*. Bogotá: Banco Popular.

Pérez Pinzón, L. (2014). *Narrativas del último postconflicto*. Disponible en: <https://books.google.com.co>

Pérez Pinzón, L. (2015a). "Discapacidad histórica: Mitos, Tradiciones y Prácticas". In: *History of disability in Colombia. Educational diversity and public health policies*. Bucaramanga: Luis Rubén Pérez.

Pérez Pinzón, L. (2015b). *Narrativa, memoria y heroísmo empresarial. Historia híbrida de la guerra, el conflicto y el empresariado de Colombia desde mediados del siglo XIX*. Bucaramanga: UIS.

Perkowska, M. (2008). *Historias híbridas: la nueva novela histórica latinoamericana (1985-2000) ante las teorías posmodernas de la historia*. Madrid: Iberoamericana.

Pons, M. (1999). "La novela histórica de fin del siglo XX: de inflexión literaria y gesto histórico, a retórica de consumo". En: *Perfiles Latinoamericanos*. (15): 139-169

Rousseau, J. (1923). *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*. Disponible en: <http://www.cervantesvirtual.com/obra/discurso-sobre-el-origen-de-la-desigualdad-entre-los-hombres-de-j-j-rousseau-en-traducion-de-angel-pumarega-1923/>

Valenzuela, A. (2002). "Gabriela Mistral y la reforma educacional de José Vasconcelos". En: *Reencuentro*. (34): 9-27

Vargas Llosa, M. (1984). *Historia de Mayta*. España: Seix Barral.

Vargas Llosa, M. (2007). *Cien años de soledad. Realidad total, novela total*. Disponible en: http://www.rae.es/sites/default/files/Mario_Vargas_Llosa_Cien_anos_de_soledad_Realidad_total_novela_total.pdf

Wills, M. (2015). *Los tres nudos de la guerra colombiana: Un campesinado sin representación política, una polarización social en el marco de una institucionalidad fracturada, y unas articulaciones perversas entre regiones y centro*. Bogotá: Centro Memoria Histórica. En: <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/de-scargas/comisionPaz2015/WillsMariaEmma.pdf>

Zubiría (2004). "Caudillismos y dictaduras en América Latina: una indagación histórica desde la literatura y otras fuentes". En: *Historia Caribe*. IV(9): 23-40